



Eremu magnetiko lehor bat (Un campo magnético seco)

Una exposición de Santiago F Mosteyrín
curada por Garazi Pascual e Iván Gómez

Las gacelas estaban muriendo.

El sol abrasaba las llanuras del Parque Kruger. El cielo, raso y cruel, se extendía sobre una tierra que ansiaba lluvia. En esas condiciones, la vida era un frágil equilibrio: las gacelas ansiaban las verdes hojas de las acacias; los árboles, a pesar de todo, ofrecían sus manjares a los animales.

Pero algo extraño empezó a suceder: las gacelas estaban muriendo. No era el hambre lo que las había matado, ni tampoco los depredadores que acechaban hambrientos. Las gacelas, paradójicamente, yacían con el estómago lleno.

El misterio se escondía en las hojas de las acacias, sabios árboles que habían aprendido a sobrevivir en un entorno hostil. Las gacelas estaban muriendo porque las acacias guardaban un secreto, un arma silenciosa.

Con la sequía, las gacelas se agolparon alrededor de las acacias, devorando sus hojas. Las acacias, agotadas, se defendieron. En un acto de autoprotección, comenzaron a inundar sus hojas con taninos. Y las gacelas comenzaron a morir. El veneno de los taninos actuaba silenciosamente, impidiendo que los nutrientes fueran absorbidos.

La crueldad de la naturaleza actuaba sin piedad: las gacelas, saciadas y satisfechas, morían sin poder digerir el alimento que tan desesperadamente habían buscado. En el horizonte, las acacias permanecían indiferentes, aunque altivas. Y en el viento resonaba una antigua lección: la existencia ha de ser preservada a cualquier costo. En la naturaleza, el equilibrio moral no existe, es una danza donde vida y muerte son inseparables.



La inmunidad protege al individuo y al cuerpo social frente a riesgos externos, mediante barreras legales, políticas y biológicas; es una estrategia que permite la preservación de la vida, y es necesaria y oprimiente en la salvaguarda de la propia existencia. Al mismo tiempo, conlleva el peligro de aislar o excluir al otro, generando una negación de la lógica comunitaria. La modernidad está marcada por una expansión de la inmunidad que debilita la apertura hacia la vida comunitaria. El pensador italiano Roberto Esposito articula la inmunidad en el contexto de la biopolítica, es decir, la gestión de la vida por parte del poder. Esposito enfatiza cómo la lógica inmunitaria puede derivar en procesos destructivos que terminan atacando la misma vida que se busca proteger.

La fragilidad es inherente al ser humano; la superación de esta fragilidad ha sido una obsesión constante, todavía presente, en la historia de la humanidad. Esta vulnerabilidad ha sido, históricamente, tratada en clave inmunitaria, es decir, mediante la creación de dispositivos técnicos, biológicos o políticos para nuestra protección. Sin embargo, los intentos por superar la fragilidad devienen instrumentos de control y prácticas biopolíticas: la inmunidad marca el cuerpo político y el singular; las grietas de nuestra humanidad se hacen profundas, la comunidad erosiona y el cuerpo estalla.

En la contradicción entre aquello que protege y constriñe al mismo tiempo (*inmunitas*) es donde la comunidad adquiere su cariz político como lugar de resistencia frente al exceso de inmunización. Por tanto, las preguntas emergen en la dialéctica entre comunidad e inmunidad: ¿cómo hacer mella en la inmunización de la vida sin traducirla en obra de muerte? El paradigma de la auto-inmunización ayuda a comprender el nexo estructural entre modernidad y biopolítica y, sincrónicamente, pone de manifiesto la dificultad de pensar una ontología meramente relacional:

“al poner al cuerpo en el centro de la política y a la posibilidad de la enfermedad en el centro del cuerpo, la biopolítica hace de esta por una parte el margen externo del que la vida debe distanciarse continuamente; por la otra, el pliegue interno que la reconduce dialécticamente hacia sí misma”¹.

¹ Roberto Esposito:
Inmunitas: Protección y negación de la vida. Buenos Aires: Amorrortu, 2009, pág. 26.



En el corazón del Sahara, donde el mundo es solo arena e impera el silencio, vivía el Árbol de Teneré, una solitaria acacia que reinaba en 800 kilómetros de vacío. Testigo de viajeros y del paso del tiempo, impassible ante la hostilidad desértica. Sin embargo, no fueron las tormentas ni la sequía quienes la derribaron. En 1973, un chófer ebrio, en su patética humanidad, chocó contra el árbol y extinguió su reino. Así, la soledad del desierto se hizo absoluta.

Para Esposito, la comunidad no es un espacio cerrado o una totalidad autosuficiente, sino un vínculo basado en la exposición al otro. Etimológicamente, *munus* hace referencia a una obligación, a una deuda compartida². En este sentido, la comunidad se basa en la apertura hacia el otro y en compartir esa deuda común. Sin embargo, esta apertura también implica una vulnerabilidad que puede ser conflictiva, ya que ser parte de una comunidad significa estar siempre “incompleto”, ligado a otrxs en una relación de reciprocidad.

Santiago F Mosteyrín, en *Eremu magnetiko lehor bat* (Un campo magnético seco), nos pone ante esas categorías aparentemente contradictorias, frente ante fragilidades violentas y cuerpos atmosféricos. A través de la posibilidad de ruptura de campos magnéticos, simbolizada en el desierto, nos adentra en un medio hostil donde las carencias humanas se hacen casi insalvables. Haciendo uso de colores, patrones y ambientes sutiles, Mosteyrín nos remite a esos aciagos lugares: las obras crean espacios o recogen mitos y noticias abrumadoras para cuerpos y paisajes. El desierto se convierte en el campo magnético seco donde la fragilidad del ser humano queda al descubierto: la exposición nos advierte sobre la debilidad inherente de la humanidad. En un escenario desprotegido, vivimos la herida, asumimos lo frágil.

La genealogía contemporánea de comunidad atiende al concepto de manera no sustancialista; por el contrario, la alteridad es constitutiva del sí mismo (ser-en-relación o ser-en-común). Así, la comunidad se aleja de lo impolítico; partiendo de la raíz latina de *communitas*, es decir,

² Ver páginas de la 25 a la 30 de Roberto Esposito: *Communitas: Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007 donde el autor hace un repaso a la etimología de “comunidad”, haciendo hincapié en la relación entre el don y la obligatoriedad de compartirlo. Por ejemplo: “(...) una vez que alguien ha aceptado el *munus*, está obligado (*onus*) a retribuirlo, ya sea en términos de bienes, o en términos de servicio (*officium*). Nuevamente se superponen “don” y “deber” (...), pág. 27.



como noción que renuncia a la identidad individual, se inicia el proceso de apertura hacia la alteridad: *“la comunidad entendida como relación de exposición entorno al lugar vacío de un don (munus) que se comparte”*³.

El sueño de la aséptica razón moderna aisló al individuo en la fría ética kantiana. Pero el progreso científico no trajo el pretendido progreso moral y social. Las guerras mundiales dejaron una humanidad quebrada: el imperativo categórico se hizo imposible. Por eso, en adelante, hemos de entendernos como agentes pasivos y activos del dolor y la fragilidad.

Santiago F Mosteyrín desenmascara los procesos estructurales y peligros de la inmunización contemporánea y digital e, igualmente, al desocultar estos procesos, su práctica plantea una tensión constante al haber deshecho los consensos de las dicotomías modernas.

De esas grietas emerge la necesidad relacional, comunitaria: cuidado de sí, cuidado del otro. Este giro comprende la fragilidad no como aquel pensamiento moderno y negativo de una condición a superar, sino, precisamente, como la potencia gracias a la cual se recupera la colectividad y el compromiso por un mundo común. Con la valorización política del mundo-en-común surge la responsabilidad por entender el nos-otrxs y atender a las propias heridas ejercidas por el discurso normativo. Desde esa mirada hacia los márgenes, el poder se erosiona y convive con cuerpos extraños, digitales y protésicos. Emerge, así, un sentido orgánico de la tecnicidad, latente desde su propia concepción: rasgar, suturar y erosionar el intersticio entre categorías (in)materiales y recoger la capacidad relacional del medio como organismo propio.

Permanecer en la comunidad es habitar un lugar de resistencia donde habitar lo impropio; esto es, un espacio donde el inmunitarismo no construya, alrededor de las singularidades, dispositivos de protección individual y colectiva frente a la alteridad. La resistencia requiere una posición política activa: emerge de la necesidad de una biopolítica afirmativa donde la vida devenga sujeto de la política y no objeto. Mediante el espacio de lo común se ha de separar la dialéctica entre protección y destrucción inmunitaria. Por ello, con el fin de huir de los dispositivos de control, lo político ha de situarse en espacios de dimensiones comunes, de tal modo que no puedan ser apropiados ni por individuos ni por estados.

³ Marina Garcés:
Un mundo común.
Barcelona: Bellaterra, 2013, pág. 125.



Estos espacios de resistencia han de situarse en el plano de lo común. Todo este proceso ha de ponerse en marcha sin contar con mecanismos de protección de lo común frente a lo privado, lo propio y lo inmune y sin contar, tampoco, con un lenguaje factible del en-común desplazado del proceso de modernización o globalización (se ha de tener en cuenta que lo común no es lo público ni es lo global, es algo desconocido y refractario a las categorías conceptuales que están organizadas por el aparato general inmunitario). En efecto, la apuesta por la biopolítica afirmativa se juega sobre esta posibilidad de operar y pensar más allá de este horizonte, a través de lo impersonal o impropio.

Santiago F Mosteyrín construye unos espacios de resistencia donde nos obliga a atender a nuestras relaciones con cuerpos fuera del discurso: liminales, (in)orgánicos, protésicos. Nos adentra en vacíos donde acechan violentas sensualidades, cuerpos explosionados que vulneran nuestras barreras protectoras. Puntadas que nos imbuyen en paisajes distorsionados; glitches manuales para topografías alucinógenas.

Dejemos que la fractura permee nuestra presencia, dejemos que marque nuestro cuerpo: oye, escucha y siente la materia vibrante de las erosiones y fricciones de las que emerge la desgracia. Heridas en un desierto, resistentes y sensuales, parte de un paisaje seco que agota nuestros cuerpos.

Garazi Pascual

En Donostia-San Sebastián, a 23 de enero de 2025

La exposición **Eremu magnetiko lehor bat (Un campo magnético seco)** de Santiago F Mosteyrín surge, al mismo tiempo, como preámbulo y anexo a **Forzar lo frágil**, proyecto de investigación de Iván Gómez y Garazi Pascual en torno al concepto de fragilidad y cómo este atraviesa la práctica artística contemporánea.